

Nikolski, el nombre de una isla diminuta en Alaska. Nikolski, el nombre de un compás extraño cuyo Norte siempre señala aquella isla. Nikolski, el título de una novela en la que están la isla, el compás y muchas cosas más. Novela por la que desfila una galería de personajes a cada cual más original. Desde su publicación en francés, allá por 2006, se va haciendo con más y más seguidores y ya ha recibido numerosos galardones. Invitado por su editorial, Txalaparta, su autor, Nicolas Dickner, ha visitado Euskal Herria dentro de una gira que le ha llevado por diversos puntos de la Península.

Hemos quedado en Bilbo y ha salido uno de esos raros sábados soleados de marzo. Sábado que, más allá de la entrevista, hemos compartido con una complicidad espontánea, moviéndonos a capricho por la ciudad y la villa. Suetos. Un día antes, en Donostia, tuvo una maratoniara jornada dedicada a los medios. Antes de darle al *play* le pregunto cómo le fue.

«En la primera entrevista el periodista me dijo que tan solo había leído la contraportada; en la siguiente, que había ojeado un capítulo; el de la tercera entrevista me dijo que había llegado a la mitad del libro».

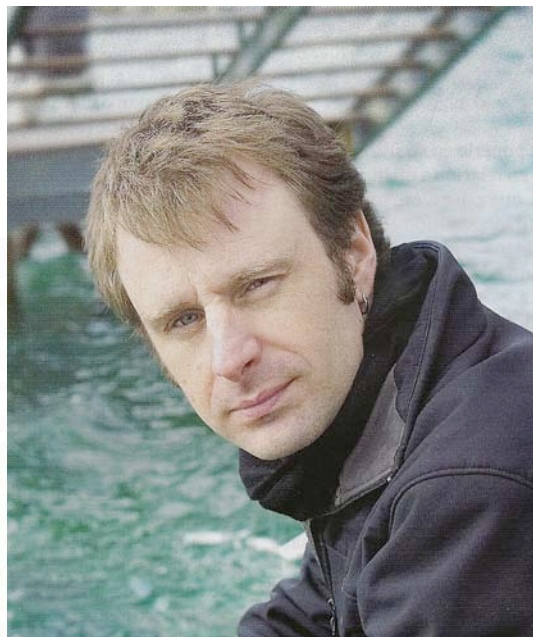
Le digo que, por mi parte, he leído la novela tres veces. Le muestro el cuaderno con los apuntes, casi como prueba. Él tiene también su pequeño cuaderno de notas, que pone sobre la mesa. Por si hay que dibujar algo, como luego veremos.

Estamos en Abandoibarra, frente a la Universidad de Deusto, junto al Guggenheim. Menudo, inquieto, atento a todo lo que ocurre alrededor, Nicolas Dickner se está tomando el último café de la mañana en compañía de la pareja que hace de anfitriona en el encuentro. Diríase que la ciudad le interesa más que hablar de su obra. Y también parece que en este mediodía de marea alta, junto a la Ría, echa de menos a sus dos hijos, niño y niña, y a la madre de ambos. Ellos están en Montreal, donde residen desde hace un tiempo, aunque él nació en Rivière-du-Loup, también en Quebec, en 1972. "Nikolski" es su segundo libro. El primero fue "L'encyclopédie du petit cercle", también galardonado. Todavía no ha sido publicado aquí.

Habla un castellano bastante expresivo, matizado con cierto acento latinoamericano. Le pregunto dónde lo ha aprendido, todavía sin darle al *play*.

«En Guatemala, en Perú, incluso en Berlín, donde residí durante un año; cada día quedaba para charlar con un amigo uruguayo durante una hora. Y en Bermeo. Eso está cerca, ¿no?»

Le respondo que sí. Le pregunto cómo fue lo de Ber-



«`Nikolski´ es tanto un conjunto de cuentos como una novela»

NICOLAS DICKNER

Nicolas Dickner habla para 7K de su exitosa novela y no rehuye las preguntas comprometidas sobre la realidad de su Quebec natal.

Texto: **Edorta Jimenez**

Fotografía: **Conny Beyreuther**



meo, y me cuenta que estuvo con su novia y que no recuerda el año, pero sí que fue un setiembre y que estaba muy tranquilo. Le digo que tuvo que ser a finales de mes, tras el barullo de los Andramariak.

Empezamos la entrevista, con lo que más o menos traigo apuntado en mi cuaderno. Le digo que en cuanto leí la primera línea de “Nikolski” –«Mi nombre no tiene importancia», dice esa primera línea– me pareció que era un homenaje a “Moby Dick” –«*Call me Ismael*», así empieza la novela de Hermann Melville–, y que ya cuando seguí adelante confirmé esa primera impresión. Dickner reacciona a mis palabras dando un pequeño salto en su silla.

«Sí, hay muy poca gente que lo ve. Y, por supuesto, las referencias van siguiendo a lo largo de la novela; este, esos personajes que van siempre caminando y siguiendo, por así decirlo, los mismos caminos, como si siempre estuvieran viajando de manera simétrica. Como si estuvieran siguiendo unos senderos estrechos. Esa es la descripción del capítulo 44 en ‘Moby Dick’, al que hago referencia explícita en el libro hablando de las vías de migración de las ballenas». Pero hay montones de citas y referencias al libro de Melville en su “Nikolski”.

En Nikolski hay un personaje, Joyce –que es el segundo de los tres principales de la novela–, que quiere ser pirata. Y se hace pirata informático. Construye sus propios ordenadores partiendo de la chatarra recogida en las calles. A cada ordenador le da el nombre de algún pirata conocido, sea hombre o mujer. Sugiero que me recuerda a “Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas”, escrita, se supone, por Daniel Defoe, aunque fue publicada en principio como anónima. «No lo había leído –apunta– y cuando estaba escribiendo ‘Nikolski’ no lo pude encontrar, y al final tampoco me pareció tan importante. Está el ordenador ese que al final mejor le funciona a Joyce; lleva el nombre de William Kidd, uno de los piratas más conocidos del Caribe».

Sinceridad aplastante la de este autor quebequés. Y yo no doy una, tal y como comprobaré tras decirle que “Nikolski” me parece un libro bastante *beat*, que me recuerda mucho a “On the road”, y que en su texto incluso cita otro libro de Jack Kerouac, “Los vagabundos del Dharma”. «Ni siquiera he leído ‘On the Road’ –replica–. Cuando empecé a escribir ‘Nikolski’ acababa de leer ‘Los Vagabundos del Dharma’. He oído decir que es mejor que ‘On the Road’. Pero, por supuesto, la gente habló mucho de Jack Kerouac, pues hay varios capítulos en ‘Nikolski’ donde se habla de

gente que está viajando. Sin embargo, hay otras partes de la novela en las que la gente está como echando raíces. Hay personajes que son nómadas y quieren ser sedentarios, mientras otros son sedentarios y quieren ser nómadas. Son personajes que no se sienten felices con su destino».

– En un momento de la novela, el primero de los tres personajes principales, Noah, dice que él «no compartía el mito norteamericano de la carretera»...

– Sí, de hecho me acuerdo que yo tenía miedo de que mi libro tuviera el calificativo de un “On the Road” québécois, porque en esos años en Quebec era como un cliché decir que los libros de viajes tenían un algo. Y, además, ya había habido un escritor, que tiene mi misma edad más o menos, que había hecho algo así. Tenía miedo de que la gente asociara mi libro con eso. De hecho, cuando estábamos haciendo la maquetación del libro tomamos un montón de fotos de pequeños coches, y probamos varias portadas con esos coches, pero, al final, dijimos ¡Coche no!, la gente va a pensar que es un guiño. Desde la escritura del libro hasta la edición anduvimos a vueltas con eso.

– El personaje que ha sido marinero y termina en la isla, Jonás Coucet, que es el padre de Noah, digamos, recuerda a aquella canción que dice «mirad, ahí van, los que en tierra firme no saben andar» (de Patxi Andion). Ese personaje que no sabe vivir lejos del mar...

– ¡Qué interesante! Para mí, eso del personaje que no puede alejarse del mar era un recurso narrativo. ¿Cómo dijiste que se llama el autor de la canción? (se lo digo y lo apunta en su cuaderno). Ahora recuerdo que me invitaron a mediados de los noventa a vivir en un barco velero durante varios días, una semana; tras un par de días me acostumbré y así, una mañana, puse el pie en el puerto y me mareé. ¡En tierra! Me parece que ese fue el punto de partida.

– Vuelvo a mi percepción de novela un tanto *hippy*, o *beat*, dejando a un lado su edad. Ese hombre, Jonás, y la mujer que viaja en la caravana, Sara, se encuentran, se aman y en un momento determinado se separan. Cada cual escoge su camino y, sin embargo, siguen esperando que la casualidad vuelva a hacer que sus caminos se crucen de nuevo. Son muy libres, como casi todos los personajes de la novela...

– Con lo que dices llegamos a un punto donde el texto ya no nos sigue, así que estamos, en cierto modo, imaginando lo que está pasando. Y eso es algo que me interesaba especialmente mientras escribía “Nikolski”. Consideraba a los personajes como piezas de un mecanismo. Para mí no tenía sentido romperme la cabeza

con lo que podía pensar Noah fuera del texto. Eso hace que en mi libro no haya mucha sicología.

Aparentemente, le apunto, cauto.

«Sí, aparentemente. Siempre hay cosas que se pueden imaginar, pero los personajes, para mí, eran sencillos. Eran también instrumentos. Dentro de una jerarquía de personajes. Porque yo podía tomar la ciudad de Montreal y planteármelo como un personaje más, porque lo es».

Hablando de lugares, añado que una reflexión que he hecho cada vez que he leído la novela es hasta qué punto el lugar donde hemos nacido nos determina. En "Nikolski" unos han nacido en las islas, otros en las praderas, alguno en la ciudad. Y también me pregunto si le debemos algo a ese lugar. E incluso si pretendía construir en "Nikolski" una identidad de Canadá, o de Quebec, ya que están aquellos franceses que llegaron hace pocos siglos, están los latinoamericanos que llegan hoy mismo y están, por supuesto, los que llegaron antes, los que ya estaban. En este momento, los latinoamericanos son extranjeros. ¿Qué eran los franceses cuando llegaron?

«Es cierto que la cuestión del origen es sumamente importante cuando se mira a la identidad quebequesa. Bueno, hay mucha gente que dice que habría una cosa que se llamaría la identidad quebequesa pura, más o menos. A veces utilizan la expresión 'pura lana', de manera que hay esa conciencia de que primero están los quebequeses y luego están los emigrantes. Pero, realmente, nadie es de Quebec. Me preguntaron en Cáceres por mi apellido. Es alemán, el abuelo de mi abuelo era alemán, pues en aquel tiempo hubo muchos emigrantes alemanes, soldados que vinieron a trabajar para los británicos. En mi familia decimos que somos alemanes, así que me puse a hacer el árbol genealógico y resulta que hace seis generaciones yo tenía sesenta y cuatro abuelos y abuelas, y solo uno era alemán. Entonces, mi identidad es como una ficción. Del mismo modo, pensar que hay un Quebec puro me parece que también lo es».

Sigo el hilo y le planteo otra sensación tras releer su libro, que en "Nikolski" hay como una búsqueda de su propio identidad por parte de todos los personajes. Y uno se pregunta, ¿qué es Quebec?

«Hay mucha confusión y me parece que dejando a un lado la identidad de la que habla el Parti Québécois, existe la identidad dinámica. La gente se mueve, es dinámica. Por supuesto que hay mucha gente que no quiere pensar o creer que la identidad pueda ser dinámica. Eso podría significar también que los francó-

fonos van desapareciendo, es una posibilidad. Estamos en una burbujita de cultura francófona, rodeada de anglófonos, y parece que toda la cultura se organiza alrededor del idioma. Pero podría haber una identidad dinámica, que es abrir la puerta a la asimilación en un sentido amplio».

– ¿Alguien ha hecho esa lectura de su libro?

– Déjame pensarlo, ¡se ha escrito tanto del libro! La verdad es que "Nikolski" habla más de Montreal que de Quebec. Y para muchas personas Montreal no es exactamente Quebec. Es un mundo distinto, es una sociedad distinta dentro de una sociedad distinta. Para algunos, mi novela es como un testimonio de los desencuentros que hay entre Montreal y Quebec. Como una prueba: ¿Ven cómo son distintos? (ríe).

– Creo que hay un personaje que odia Montreal, aunque tendría que repasar mis apuntes...

– ¡Hay tantas cosas en el libro! Según la persona con la que estoy hablando el tema principal de la novela va cambiando. Es como si hubiera un montón de temas secundarios y ningún tema principal. Es tanto un conjunto de cuentos como una novela.

– En la narración usted utiliza algunos elementos mágicos, como el propio compás Nikolski. Luego, hay una librería de libros antiguos y de segunda mano por la que puede pasar cualquier loco, cualquier persona que anda buscando también un libro que para el resto de la Humanidad no tendría ningún valor. Y es justamente ahí, en uno de los elementos centrales de la novela, la librería, donde encontramos al tercer protagonista principal de "Nikolski", del que no sabemos su nombre...

– Siempre son así las librerías de libros antiguos. Yo trabajé en una librería de libros de segunda mano y sí, están quienes vienen a por el último "Harry Potter", pero hay un montón de gente que viene a buscar cosas que no se encuentran en otras partes. Es interesante, porque ahora que tenemos internet puedes toparte con un ensayista americano que escribió eso de "The Long Tail", la gran cola. Si lo miramos en un gráfico, hay superventas que de pronto caen y desaparecen; sin embargo, hay libros que se siguen vendiendo, menos, pero durante periodos más largos. De ahí lo de la gran cola. Hay libros que venden seis o siete copias al año, pero durante años. Al final, son una cantidad inmensa, como una suma enorme de pequeños fenómenos. Trabajando en un tienda de segunda mano lo ves. A veces, "Nikolski" parece organizado como una tienda de libros de segunda mano; te preguntas dónde está tal libro y resulta que no está donde debiera, no

ha habido tiempo para ponerlo en su sitio. Es algo caótico. Así que tampoco en relación a mi libro se puede decir exactamente por qué puse a ese pirata en este lugar, por ejemplo. Al final, mi visión es que el lector tiene que trabajar también».

– En el libro aparece un tal Lafitte, que no sé si sabe que era vasco...

– ¿Lafitte era vasco? Interesante, porque no soy un especialista de Lafitte, pero creo que había leído que era francés. Por lo que veo, no siempre la historia de allí ha reconocido que había franceses que eran vascos. No lo sabía, no lo sabía. Sí sabía que hubo un montón de vascos en Rivière-du-Loup, claro; donde he nacido hay un Museo de Cultura Vasca. Allí dejaron hornos que utilizaban para fundir la grasa de ballena. Y hay sitios arqueológicos importantes, lugares que tienen nombres vascos. Es poco conocido, aunque se sabe que los vascos vinieron a Canadá antes que Jean Cartier, pero en las escuelas no se dice que los vascos estuvieron antes en Quebec. Y también hay mucha diferencia entre los libros de historia franco-hablantes y los anglo-hablantes, y también depende de cuál sea el punto de vista social en que esté escrita la historia. En los libros francófonos aparece Lafitte, porque es un personaje importante en Canadá. Los vikingos llegaron antes, los vascos también».

– Este libro, "Nikolski", ha recibido muchos premios, ha tenido éxito entre los jóvenes, y también entre las personas adultas. Y le lanzo una pregunta más sin olvidar que también cita grandes acontecimientos políticos de Canadá, como ciertas rebeliones y alguna represión (hechos que yo desconocía). Ahí va: ¿Se puede decir que es un libro amable?

– Para las personas que habitualmente escuchan la radio todos esos acontecimientos son como un ruido de fondo, y así es también en la novela, un ruido de fondo. Tal y como es, en general, en la vida. Hasta el año pasado, en casa la radio estaba encendida las 24 horas; había además Google, Twitter y todo eso, y hubo una gran huelga, y tras tres meses de huelga todo se había convertido en un ruido de fondo.

– También se refiere a un movimiento de protesta de los aborígenes...

– Duró un mes, no más. Se pensaba que iba a ser una ola, y no. Con los indígenas nunca pasa nada. Por eso, si queremos hacer sicología barata, podemos decir que, en principio, en la novela son espíritus fantasmas, porque ese es el papel que dejamos a los indígenas en Canadá. Son invisibles.

Cambiamos de tema. Apunto que una cosa que me parece espectacular en el libro es cómo utiliza los nombres de los peces, de los pescados, y los relaciona con los personajes.

«Lo busqué en Google (risas). Bueno, mi madre viene del mar y en la familia siempre hemos comido pescado; cada verano íbamos allí y regresábamos con cajas enteras llenas de hielo con pescado fresco y con pescado ahumado, secado, había un montón de pescado. Siempre he comido eso en casa. He nacido cerca del río. El río tiene veinticinco kilómetros de ancho. Hay marea, básicamente es el mar. Las gentes de las orillas tienen derecho a pescar. Es una pesca que no sé si viene de los indígenas o de los europeos, pero se hace con... Vamos a ver, tengo que dibujarlo... Lo que más se pescaba era la anguila. Con la autopista se mató ese negocio de la pesca».

Lo que Nicolas Dickner ha dibujado son nasas. Y ese pez es un esturión. Le pido que nos permita sacar unas fotos del cuaderno.

«Si lo llevo a saber traigo mi cuaderno de campo de España, porque el campo arqueológico que describo en el libro es el de Mérida. Trabajé allí en el 97. Lo hubiera podido traer. Nadie lo ha visto. Es un secreto».

Dickner sigue dibujando en su cuaderno. Ahora, emocionado, nos explica gráficamente cómo es el río, dónde está el mar, dónde los puentes, un sin fin de detalles. El resto escuchamos y miramos; luego le invitamos a un paseo por la ciudad antes de comer. Así llegamos junto al viejo San Mamés y nos sentamos en la terraza del Txalaparta. Hay un grupo de niños y niñas jugando al Pañuelito. Nicolas Dickner se interesa por el juego. Siente nostalgia. Ya en la mesa, pide bacalao al pil-pil, recomendado. Otro paseo, unas compras. Oscurece. Nos despedimos.

De vuelta a casa pienso una vez más que hay en el libro algo muy sencillo y hasta anecdótico que me quedará grabado para siempre. Esa escena de los dos camioneros en el bar, hablando de una manera que se echa de menos. «Acostumbrados a hablar por emisoras de radio VH –se lee en 'Nikolski'–, tenían cuidado de no interrumpirse e intercataban un breve silencio entre réplica y réplica». Así ha sido también entre Nicolas Dickner y nosotros.